“NONEMILIS, MI ANDAR”

Introducción

La presente ponencia se acerca a la historia de vida o autobiografía como una metodología que nos permite reunir los acontecimientos más significativos de nuestras vidas, desde que nacemos hasta el momento en que nos sentamos a ordenar los pasos andados. De ahí que, la memoria se convierte en una herramienta valiosa que nos permite reconstruir de dónde venimos, la formación paulatina de la educación formal y no formal, el contexto social, cultural, político y económico que nos ha tocado vivir y todos aquellos hechos que nos han marcado.

También es una reflexión en torno a mi origen, al proceder de una comunidad indígena y ser una mujer que logró llegar a cursar estudios de posgrado. A lo largo de esta narración contaré lo que quizás muchas otras mujeres indígenas han vivido también al querer estudiar más allá de la Educación Media Superior, es decir, evidenciaré las luchas y posibilidades reales o no de acceso a la educación de las mujeres indígenas del país. Este relato es una invitación a visibilizar realidades y preguntarnos ¿Por qué estudiamos eso que estudiamos?, ¿Dónde lo hacemos? Por otro lado, esta autobiografía pretende ser un aliciente para las jóvenes mujeres indígenas del país sobre las muchas posibilidades de superación personal y profesional.

Nonemilis

Mi nombre es Jacinta Toribio Torres, nací el 1º de junio de 1983, tengo 35 años. Soy originaria de Tepenahuac, una pequeña comunidad nahua en el municipio de Chicontepec, del estado de Veracruz. Cabe aclarar que en esta pequeña comunidad de no más de 100 habitantes, hasta los años noventa sólo había una mujer mestiza y quienes la conocíamos llamábamos *Xinola*, término que en náhuatl significa mujer extranjera. Ella en realidad se llama Gloria y es esposa de un tío. En ese entonces sólo ella hablaba castellano, todos los demás éramos nahuablantes y nuestra forma de comunicación habitual incluso con ella, era en nuestra lengua materna. Crecí rodeada de una familia “extensa” con mis papás, hermanos, tíos, primos, abuelos, cuñadas, concuños, comadres, compadres, madrinas, padrinos, tocayos y tocayas. Acerca de las tocayas y tocayos, por lo menos para los nahuas de Chicontepec, se

tiene la costumbre de que con el nacimiento de cada bebé se realiza una ceremonia para que ese recién nacido tenga a su tocayo. Los padres del recién nacido hacen esa petición, con los primeros hijos generalmente se pide a los abuelos paternos ser tocayo para el bebé varón y tocaya para si se trata de una niña. De esta manera, de alguna forma los bebes se vuelven uno mismo con su tocayo o tocaya, es decir, se hace su doble. Antes, es vínculo se reforzaba además de poniéndole al niño o niña el nombre del respectivo abuelo o abuela. De esta manera el abuelo pasaba a ser tocayo y su abuela siwah si era niña se convertía en su tocaya y el abuelo, pasaba a ser su *wewe*, que literalmente significa esposo. Y si tu tocaya tiene otras tocayas; todas se convierten en tocayas y a su vez en *wewes* o bien tocayo y *siwahwah* que significa esposa. Esta forma de organización de la comunidad permitía crear fuertes lazos afectivos entre sus integrantes.

Mi padre ya finado, Tomás Toribio García, nació en la misma comunidad el 5 de enero de 1945, y mi madre Reyna Torres Ortiz, nació en la comunidad vecina de Tepenahuac, Congregación Tepenahuac. Mi papá estudió hasta el cuarto año de primaria. Intentó continuar con sus estudios, pero por falta de recursos y de escuelas ya no pudo. Nos contó varias veces su intento por continuar estudiando y así poder concluir la primaria. Cuando era niño, junto con mi abuelo, en un agosto se dirigieron al internado de Colatlán, Ixhuatlán de Madero, puesto que ahí podría cursar y terminar con educación primaria, pero al llegar al lugar, después de dos días de camino ya no había cupo y se tuvieron que regresar. Después de ese día descartó la posibilidad de continuar estudiando. Aún soltero, empezó a trabajar y a “hacer negocios” como él mismo nos decía. Después de aproximadamente dos años de trabajo se casó con mi mamá. Mi madre por su parte, apenas estudió primer año de primaria pues su papá no permitió estudiar a sus hijas.

Desde que se casaron ambos comenzaron a construir un patrimonio para su nueva familia; mi madre, más desde casa y mi papá desde fuera. Según nos contó, empezó a ser comerciante vendiendo jabón que transportaba él mismo, en un cajón de madera a las comunidades más cercanas. Poco a poco fue aumentando el número de productos que ofrecía e incluso a establecer la primera tienda de abarrotes en la comunidad- Aún recuerdo la fila de mulas esperando su carga con costales de harina, azúcar, rejas de refresco y algunas veces maíz, y por supuesto cajas de jabón huasteco o *moro*. Recuerdo a mi papá como un gran emprendedor, inquieto, inteligente, sociable e imparable, siempre pensando en qué hacer.

Tuvo varios oficios; además de ser comerciante, de repente la hacía de carnicero y compraba y vendía ganado equino y bovino, e incluso algunas veces hacía milpa.

Soy la penúltima de cinco hermanos; crecí con dos de ellos: mi hermano Roberto, el menor y Reyna, mayor que nosotros dos. Con mis hermanos mayores Juan y Romualda convivimos poco porque se casaron cuando nosotros éramos unos niños. Recuerdo cuando ambos se casaron, sus fiestas, a los huapangueros tocando el “Son del Canario”, que se toca en las bodas indígenas y que se canta en parte en náhuatl, desde entonces llevo la melodía grabada en mi memoria.

Hasta los 9 años viví en la comunidad donde nací y de ahí guardo recuerdos llenos de alegrías, colores vivos, el blanco de la leche, el verde del pasto dónde corríamos, el amarillo del jobo fruto que recogíamos del suelo o cortábamos del árbol... abundancia y familia, que siempre estaba trabajando o conviviendo. Aún hoy puedo escuchar el agua que corría después de una fuerte lluvia y como los primos -todos unos chiquillos- salíamos a la calle a mojarnos, a jugar hasta cansarnos o que llegara la tarde para volver cada uno a su casa. Recuerdo que me gustaba mucho ir a la escuela, me emocionaba aprender nuevas palabras en español. Es raro, pero el maestro no nos prohibió hablar nuestro idioma materno, sin embargo, no lo hablábamos porque creo que todos sabíamos que había otro mundo, el cual, nos íbamos a encontrar tarde que temprano y para eso era la escuela, para conocer sus códigos. Además, creo que no nos lo decían pero para nuestra comunidad la escuela tenía que cumplir con esa función, darnos herramientas para poder conocer lo que había en ese otro mundo; el de la ciudad.

Hasta el cuarto grado de primaria estudié en la escuela de mi comunidad que se llama “Ignacio Zaragoza”. La escuela es Federal y no bilingüe, por lo que nuestras clases únicamente eran en castellano. De primero a quinto año sumábamos cuando mucho 12 estudiantes, por esa razón sólo había un profesor que atendía a todos los grados. ¿Cómo le hacía?, eso no lo recuerdo bien, pero creo que a los de primer año únicamente nos dejaba copiar lecciones o hacer sumas y restas. Recuerdo que en tercer año, ya sabía leer y para mí eso era más que extraordinario porque accedía al mundo que había en los libros y al castellano que no era mi idioma pero que me gustaba conocer. La primaria solo llegaba hasta el quinto grado por lo que quienes querían terminar hasta el sexto o cursar la secundaria tenían

forzosamente que irse otro lado. La localidad más cercana con estos servicios era el Cerro de Ixcacuatitla. Para mi padre, la otra vía para ser alguien era la escuela y teníamos ya, como ejemplo, a algunos familiares profesionistas (maestros y maestras) pero que no habían estudiado en el rancho. Por eso, cuando el menor de mis hermanos estuvo en edad de ingresar a la primaria preguntó con mis primos sobre internados y fue así que dio con el Internado “Hijos del Ejercito”, ubicado en la carretera México-Pachuca en Venta Prieta, Pachuca, Hidalgo. Fue ahí que cursé los últimos tres años de la primaria al lado de con mi hermano Roberto, quien también concluyó su educación primaria ahí.

En el internado comienza otra historia, otro mundo, otra Jacinta y otro Roberto. Más urbanos, menos de campo, menos de comunidad. Un mundo en donde lo más importante era la escuela, la formación, la educación, desde cosas tan sencillas como tender una cama, barrer, trapear, bañarse, planchar la ropa, hasta conocer la historia de México, el Español, las Matemáticas y la Biología.

Las actividades en el internado comenzaban todos los días desde las seis de la mañana, para empezar clase a las 8. A las 2 de la tarde era la comida y por las tardes teníamos talleres como bordados y tejidos, corte y confección, atletismo, electricidad y carpintería. Esos tres años fueron muy aleccionadores y los más fuertes de mi vida. Un día mi hermano y yo simplemente nos vimos solos; el plan era de mi padre, no nuestro. A mí me costó muchos años comprender ese plan. Y cómo a su parecer, la superación la podríamos lograr solamente fuera del rancho.

Hasta los nueve años la educación de casa, la no formal fue fundamental en mi vida y la de mi hermano porque aprendimos valores como el respeto, saber compartir, la honestidad, la higiene personal, y la importancia de la comida saludable. Recuerdo por ejemplo que, en casa podíamos consumir refrescos y golosinas hasta después de almorzar. Desde pequeños la familia va enseñando a los más chicos la vida en la comunidad. Para ello, los niños deben aprender a lazar a los caballos, asearlos, montarlos y a las niñas se nos enseñaba a lavar nixtamal, a moler, echar tortillas, realizar pequeños guisos, acarrear agua en la cabeza y muchas otras cosas.

¿De dónde eran los niños que llegaban al internado? eran provenientes del Estado de México y de los municipios de Hidalgo. Nosotros éramos la excepción, los únicos

veracruzanos y de una comunidad muy lejana (eso decían ellos: ustedes son de muy lejos), quizá por eso el director, subdirectora y muchos de nuestros maestros, el personal administrativo y de cocina nos adoptaron a mi hermano y a mí. Aprendimos a comer pastes, frijoles sin guisar y a tomar poco café. Lo que más extrañábamos era la comida, que nos recordaba a la familia, a mis papás y hermanos, el pozo de la comunidad, ir a cortar fruta de temporada, etcétera. Así pasaron tres años en Pachuca, yendo a casa únicamente en vacaciones, es decir, tres veces al año. Por otra parte, los de la comunidad de alguna manera nos seguían los pasos porque éramos los únicos niños que estudiábamos fuera y en un internado.

Al llegar al sexto año de primaria, tenía que ir viendo a donde iba a continuar estudiando, porque eso era lo que yo quería; continuar. Por esa razón anduve preguntando sobre internados para estudiar la secundaria y fue como me enteré que había uno en Atlixco, Puebla. Así que comenté esa posibilidad a mi papá, y él afortunadamente me escuchó y fue a buscar la escuela y la encontró, en Champusco municipio de Huaquechula, Puebla. A él le pareció una excelente oportunidad para que continuara mis estudios. Para poder ingresar había que presentar un examen de admisión y aprobarlo. No quedé en la lista de las 150 estudiantes admitidas, pero mi padre habló con la directora, explicó nuestra situación, mis pocas oportunidades para estudiar, quizá más por la ausencia de escuelas cercanas a mi comunidad que por cuestión de recursos, forzosamente había que salir. Aunque la escuela fuera pública, para mi papá era muy importante la seguridad de una niña. Recuerdo que me decía, “a los niños los dejas salir solos, pueden dormir dónde sea, pero a ustedes no, a ustedes hay que cuidarlas”. La cosa, es que mi padre logró que me aceptaran. Y fue como en agosto de 1995, llegué a la comunidad de Champusco, a la Escuela Secundaria Técnica número 4, otro internado. Recuerdo que el primer día llegué tarde y ya estaban en honores a la bandera. Quedé maravillada, aún recuerdo la uniformidad con la que las estudiantes cantaban el himno nacional y el himno a las escuelas secundarias técnicas y me sentí realmente afortunada de estar ahí y lo agradecí mucho. Sin embargo, ya por la tarde que mi padre se había ido me volví a encontrar rodeada de mucha gente, con 450 niñas que no conocía, y ya por la noche lloré mucho, pero sabía que no podía volver, porque si quería continuar estudiando sólo podía ser ahí. Poco a poco me habitué a mi nueva vida y así pasaron tres años maravillosos en los que seguí aprendiendo mucho, mucho. Ahí además de las clases, también llevábamos talleres

por las tardes. Había apicultura, conservación e industrialización de alimentos, pecuarias y agricultura. Además, en el internado construimos otra familia, amistades que hasta hoy mantengo. Lo que recuerdo es que todos los días, de lunes a domingo teníamos actividades escolares y también teníamos tiempos para la dispersión y recreación. Por ejemplo, los viernes teníamos una actividad cultural que la conocíamos como “viernes socioculturales”. Creo que para muchas de las que estudiábamos ahí varias de estas actividades eran memorables, por ejemplo, la forma de festejar el día del estudiante. Desde las cinco de la mañana los maestros y trabajadores del internado nos llevaban serenata. Ese día nosotras no hacíamos limpieza en ninguna área del internado y tanto el desayuno como la comida eran especiales, con las mesas adornadas con manteles y refresco como bebida del día. También llenaban la alberca y por la tarde teníamos una actividad cultural o tardeada y mariachies. Todo organizado por los maestros, intendentes, cocineros, veladores y prefectas. Otra actividad que se llevaba a cabo cada quince días eran los programas socioculturales. Había poesía, bailes, obras de teatro, chistes y juegos organizados por cada grupo. Otra actividad que ahora puede entenderse como una buena práctica son las horas de estudio; todos los días de siete a ocho de la noche era el tiempo para hacer tareas o bien estudiar para los exámenes. Ahí volví a retomar la lectura y mi asistencia diaria a la biblioteca, recuerdo que ahí, leí mi primer libro, *Romeo y Julieta*. También tuve la oportunidad de conocer otros lugares de Puebla y de comer de la gastronomía local, como las chalupas y el *huitlacoche*.

Esos tres años se fueron en un abrir y cerrar de ojos, en los que iba a casa en cada periodo de vacaciones. Mi papá iba por mí y viajábamos alrededor de 14 horas con varias escalas, la última en vehículo era hasta La Antigua y de ahí quedaban aún 20 kilómetros para llegar a casa. De ahí, teníamos que caminar o bien ir a caballo. Recuerdo que nos tocaron días con lluvia, neblina y sol o que nos cayera la noche. El problema eran los inviernos por el frío y lluvia, hubo veces que se nos secaba la ropa en nosotros. Años después, mi papá nos contó que en uno de esos viajes, pensó que iba a morir de frío pues no llevaba chamarra para Puebla.

Y en el último semestre de la secundaria, la pregunta y problema era dónde iba a continuar con mis estudios. Tenía que consultarlo con mi padre, y él igual estaba en la búsqueda de opciones. Una opción era irme a una comunidad cercana a la cabecera municipal

y que quedaba a tres horas de distancia de la casa o bien irme a otro internado en Puebla. Sin embargo, esa posibilidad ya estaba algo lejos pues la familia atravesaba por serios problemas económicos y ya no iban a poder sostenerme esos estudios fuera. Esto debido a que, todo el dinero disponible se estaba concentrando en mi madre, quien desde entonces y hasta la fecha comenzó a sufrir de un problema de salud mental y que no sabían bien como tratar, así que estaban viendo médicos de Tampico y México. En ese contexto, mi hermana Reyna había dejado la escuela para cuidar a mi mamá y mi hermano Roberto también dejó la escuela y se fue a trabajar en Matamoros, Tamaulipas para apoyar a la familia. Creo que por esa razón a mí me permitieron seguir estudiando. Mi otra opción para estudiar y de la que teníamos conocimiento era de un Telebachillerato en Xochiatipan, Hidalgo. Esa opción era la más viable porque allí trabajaba como maestra mi prima Maribel Hernández Toribio, así que en una oportunidad hablé con ella para solicitarle información sobre la escuela, pero lo más importante era pedirle que me aceptara vivir en su casa y así poder estudiar. Su respuesta inmediata no fue muy favorable, me dijo, “no sé, lo veo muy difícil” Quedamos que en agosto de aquél año me daba una respuesta definitiva. De esa conversación me fui un poco triste al no tener una certeza, pero me tenía que esperar hasta entonces. Llegado el día fui nuevamente a buscar a mi prima a casa de mis tíos y después de muchas condiciones me dijo que podía ir a estudiar a Xochi y vivir en su casa y que no necesitaba pagar nada pero que eso si, ella no me iba a cuidar.

Llegué a Xochiatipan después de un viaje de 5 horas con camino de terracería y de muchas curvas. Ingresé al Telebachillerato de Xochiatipan, una escuela de reciente creación de la que, acababa de egresar la primera generación y donde conocí excelentes maestros. En esos tres años seguí creciendo académicamente y mi idea de continuar estudiando también. En esta ocasión mi movilidad de lugar fue diferente, el fin era el mismo, continuar con mis estudios. Llegué a una casa con la familia, ahí viví con otro primo. Juan Hernández Bautista. Mi prima Maribel no estaba en casa porque ella vivía de lunes a viernes en la comunidad donde trabajaba y los sábados iba a clases a la UPN en Huejutla, así que la veíamos muy poco. Incluso los domingos sólo la veíamos hasta medio día porque por la tarde regresaba a su centro de trabajo. Los años en Xochiatipan pasaron volando, no tuve ninguna llamada de atención por parte de mi prima o por encontrar en desorden la casa sino todo lo contrario, creo que los hábitos de higiene y limpieza que adquirí desde pequeña se hicieron una fuerte

costumbre por haber estado en internados dónde teníamos que asumir compromisos y responsabilidades, y porque sabía que era lo mínimo que podía hacer al vivir en casa ajena.

En el Telebachillerato me fue muy bien, sólo en el primer semestre tuve que pagar inscripción, en los siguientes me gané la beca de inscripción y de uniforme. Hasta esta etapa el apoyo de mi papá continuaba, pero ya no al cien por ciento como en la secundaria y en la primaria. En esos años mis primos Cornelio y Marcial, hermanos de mi prima Mari, me adoptaron como hermana, pues se admiraban de mis ganas de estudiar y de mi buen comportamiento. Creo que también porque en casa las cosas cada vez eran más difíciles a causa de la enfermedad de mi mamá y el patrimonio que mis padres habían construido durante años se perdía casi todo. Mi papá se vio obligado a vender la camioneta, ya no pudo surtir la tienda por falta de dinero y porque ya no había quien la atendiera. Por su parte a mi hermano Roberto le empezaba a ir bien en Matamoros y mi hermana Reyna decidió ir también a trabajar para apoyar a mis papás. Supongo que esos años fueron los más duros para mis padres pues se quedaron solos. Mi mamá con su enfermedad, unas veces estaba bien y otras no, pero así teníamos que seguir, y no sé porque yo no regresé para cuidarlos.

En mi último año de preparatoria mi hermana Reyna regresó al rancho porque su marido se fue a los Estados Unidos junto con mi hermano Roberto. El propósito de su partida, como el de todos los que se van era para mejorar las condiciones de vida de su familia y por tanto la de ellos mismos y lo lograron. Por mi parte, se aproximaba la conclusión de otro nivel educativo, así que estaba ya en búsqueda de opciones en las que pudiera estudiar la universidad o alguna carrera. No sabía bien qué, lo que sí sabía es que tendría que ser en un lugar dónde no fuera muy caro y que mi padre tuviera certeza de mi seguridad, puesto que para él eso era fundamental. La opción más conocida y viable era sacar ficha en la Universidad Autónoma de Tamaulipas en la carrera que estaban cursando mis primos y primas en ciudad Victoria. Ellos estudiaban allá, no sabíamos exactamente qué carrera, pero era para ser maestros, así que para mi papá esa también podría ser mi opción y fue como nos acercamos a mi primo Pedro Toribio, para pedirle información y perfilarme para iniciar otra aventura, de mayor autonomía.

Otra razón por la que elegimos ir hasta Ciudad Victoria fue porque había una casa del estudiante y por tanto mi estancia sería bastante económica y en compañía de otros jóvenes

que también cursaban sus estudios. En la casa del estudiante el ambiente era bueno, había cooperación y compañerismo, por ejemplo, los que tenían años viviendo ahí, nos apoyaban no sólo con enseñarnos la organización de la casa sino también nos ayudaban a conocer la ciudad y la vida universitaria, ubicar espacios, etc.

Ingresé a la licenciatura en Ciencias de la Educación con especialidad en Ciencias Sociales, de la facultad de Ciencias Educación y Humanidades, de la Universidad Autónoma de Tamaulipas donde estudié cuatro años y medio. Durante toda la carrera tuve beca de excelencia, con la obtención de un estímulo económico cada semestre, más otras becas como la de PRONABES y una de Educación Inicial. De casa me daban muy poco dinero, creo que me depositaban 500 pesos mensuales. Creo que por esta razón mi familia y papás me permitieron continuar con mis estudios puesto que no representaba una gran inversión de recursos o “gasto” como decían ellos.

Durante la carrera, parece que mis maestros se percataban de que muchos de los que ingresábamos a esa facultad proveníamos de comunidades indígenas y de otros estados, y que lo que nos distinguía era el deseo de superación y de obtener una carrera profesional. Bajo ese entendido, uno de mis maestros me preguntó: “ahora que concluyas la carrera ¿qué harás?. Mmi respuesta fue que buscar trabajo, aunque no sabía bien dónde, a lo que él me respondió, “¿y por qué no continúas estudiando?, ¿por qué no ingresas a un posgrado de calidad, en donde tendrás una beca, pero además una formación de calidad? y de esa forma podrás apoyar mucho más a tu familia, a tu comunidad”. Y fue así que un día ingresé al internet con el fin buscar convocatorias de maestrías y temas relacionados con la cultura, las tradiciones y con ingreso para agosto del 2006. Finalmente encontré la convocatoria de la maestría en Historia por el Colegio de San Luis (COLSAN) e inicié una nueva aventura y etapa de mi formación académica.

Uno de los requisitos de ingreso y selección para participar en la convocatoria de la maestría en Historia del COLSAN era entregar un protocolo de investigación, mismo que trabajé de enero a marzo en Ciudad Victoria. Posteriormente, había que acudir a una entrevista, en la que se hizo una pre-selección. Afortunadamente fui seleccionada para cursar un propedéutico de tres meses en el que se definiría si nos aceptaban como alumnos. Esos tres meses para mí fueron los más largos de mi vida académica. Ahí me di cuenta de que

tenía muchas carencias de formación pero no podía rendirme, así que no tuve otra opción más que estudiar más, y por un momento creí que no me iban a aceptar en la maestría. Finalmente, en agosto de ese mismo año, iban a dar resultados vía correo electrónico y en el día programado no llegó nada por lo que mejor llamé por teléfono. La secretaria me confirmó que me habían aceptado, noticia que apenas creía y que sabía, me había costado mucho. Llena de emoción le compartí a mi papá la noticia y tampoco la creía, hasta volvimos a llamar para confirmar la información y mi papá preguntaba reiteradamente a la secretaria, “¿entonces si aceptaron a mi hija?”. Creo que lloró por la noticia. Pero entonces ya no fue conmigo, mi papá me dio completa autonomía, confianza y respeto hacia mí.

Tanto San Luis Potosí como Ciudad Victoria me gustaron mucho, pero para mí estaban muy lejos del contexto dónde crecí y de mi familia y con quién también fui y era feliz. Estaba ahí porque tenía un objetivo y era continuar con mi formación. La maestría fue un parteaguas en mi vida y formación, tuve que aprender y reaprender... a ser analítica, crítica y a reflexionar sobre mi anterior formación. Me di cuenta de que tenía que trabajar sobre las carencias en cuanto a mi preparación, pero también desde mi cosmovisión nahua, pues tenía poco conocimiento sobre la escritura de esta lengua y menos de la lectura. Pero también me di cuenta que todo es superable si se trabaja en ello y que los posgrados son necesarios para los que somos de una comunidad o tenemos escasas posibilidades de formación para, precisamente, fortalecernos en todos los ámbitos y contextos y aportar nuestro granito de arena en el campo de estudio, con nuestras comunidades y familia.

En el posgrado fue cuando compartí por primera vez con mis compañeros y maestros mi pertenencia a una comunidad nahua, creo que en ese momento supe realmente, que eso era importante. En la universidad pocos de mis compañeros tenían interés en su formación y mis profesores únicamente daban contenidos, apenas y hubo acercamiento personal.

Me gustó la investigación y conocer enfoques teóricos que explican el comportamiento de la sociedad. En el colegio conocí a grandes compañeros de grupo y ahora amigos, tuve a excelentes profesores-investigadores y la infraestructura del colegio es muy bella, factores que hacen que uno se sienta motivado para estudiar. La carga académica desde el propedéutico hasta el final fue intensa, siempre estuvimos ocupados, leyendo, haciendo ensayos, trabajos, seminarios, coloquios, presentaciones de libro y finalmente la tesis. Por el

tema de investigación que elegí caminé mi municipio y me adentré a la historia de los pueblos, sobre sus luchas, sus resistencias, la forma en la que han negociado y resuelto los conflictos. Me gustó la línea de investigación del territorio, los cambios y las permanencias de los pueblos y comunidades indígenas.

Fue por ese tiempo que también conocí Xalapa, la capital del estado de Veracruz, con el fin de realizar mi trabajo de archivo para la tesis de maestría. Durante la consulta de archivos históricos me encontré con una Xalapa cálida, llena de flores y eso me encantó. La gente muy amigable. En el Archivo General del Estado de Veracruz, conocí a Rocio Sagahón; y ella me presentó con varios amigos suyos originarios de la Huasteca, entre ellos, a Crescencio Hernández Osorio, quien me platicó del proyecto Intercultural de la Universidad Veracruzana. Me llamó la atención, pero decidí que, en cuanto terminara la maestría, es decir, presentara mi examen de grado, los buscaría para ver posibilidades de trabajar en alguna sede.

Regresé, pues, a San Luis Potosí a concluir con la escritura de la tesis y posteriormente volver a Xalapa a presentarme en la Universidad Veracruzana Intercultural y solicitar trabajo en la docencia. Me respondieron de forma inmediata y en menos de un mes ya estaba trabajando como maestra por horas en la UVI sede Huasteca. Mi padre con mucha incredulidad, pero también feliz y orgulloso por mi formación y mi trayectoria.

Ingresé a laborar en la docencia pensando en desarrollar un tema de investigación en el lapso de un año para postular e ingresar a un doctorado en Historia. En ese semestre desarrollé mi protocolo de investigación sobre tenencia de la tierra en el municipio de Ixhuatlán de Madero para postular por el doctorado en Historia y Estudios Regionales de la Universidad Veracruzana en el Instituto de Investigaciones Histórico Sociales. En esta ocasión mi ingreso fue más sencillo, puesto que conocía los procesos a seguir y ya me sentía historiadora. Cumplí con esa meta en agosto del 2010 y renuncié al trabajo en la UVI sede Huasteca para iniciar con mis estudios de doctorado. Mi familia estaba enterada de la decisión y estuvieron de acuerdo. Una vez más hice otra mudanza, en esta ocasión a la capital del estado de Veracruz, de mi estado, y lo cual me daba más satisfacción y orgullo.

Durante estos 23 años de formación académica, no hubieran sido posibles, sin mi primera formación; comunitaria y familiar, porque la que estaba estudiando no era sólo

Jacinta, era la familia, era también la comunidad y esa razón me hizo continuar. Es decir, yo sentía que tenía un compromiso moral y hasta político, pues tenía apoyo; me permitieron estudiar (familia y escuelas públicas). También creo que tuve mucha fortuna, ya que sin saber bien que estudiar, opté por las ciencias sociales que me permitieron reflexionar sobre mi origen y reconstruirme como una profesionista cercana a la comunidad. Actualmente no vivo en mi comunidad Tepenahuac, pero cuando voy de visita, mi forma de comunicación sigue siendo en náhuatl, sigo colaborando en las tareas, aunque no del todo porque también es cierto que no me salen los platillos tradicionales como a mis hermanas, como a mis tocayas, comadres, tías, abuelas, primas en fin a esa extensa red de mujeres que me hacen fuerte todo el tiempo.